

tía; Sehewedemborg descubrió en la Biblia todos sus sueños, que nos hacen reír; Fox halló allí el *cuaquerismo*, que reniega de la divinidad de la propia Biblia; Socino, con ella en la mano, niega la Trinidad de las Personas, la Encarnación del Verbo, la divinidad de Cristo, la resurrección de los muertos y la condenación en el infierno. Los anglicanos en tiempo de Eduardo VI distinguieron en la Biblia cuarenta y dos artículos de fe; reinando Isabel sólo halláronse treinta y nueve: en pocos años tres artículos habían desaparecido de la Biblia. Así, las doscientas ó trescientas sectas protestantes, como los demás herejes anteriores, leyeron en la Biblia lo que quisieron leer, ó sea sus propios errores. Simón Mago en los tiempos de San Pedro hablaba siempre de la Biblia, citándola á propósito y á despropósito, lo mismo que los "Darbistas," los "Puseistas," los "Mormones" nacidos ayer, y los "Viejos católicos" nacidos hoy. En fin: todas las mas monstruosas aberraciones de la malicia humana se apuntalaron siempre con textos de la Escritura entendida por el libre examen privado. Ahora bien: ¿os parece posible, respetable señor, que haya dado Dios al hombre por guía un juguete

de goma elástica, que cada uno estira según su propio capricho? ¿Y que en el estirar según el propio capricho este juguete consista toda la profesión de la religión cristiana?"

—¡Tú quieres demasiado! exclamó entonces mistress Needle herida en lo vivo de su devoción á la Biblia. ¿Por ventura los católicos no entienden la Biblia también á su manera?

—Nunca, respondió la joven. Podemos leer la divina Escritura, sin tomar las privadas interpretaciones como reglas de nuestra fe. Nuestra regla de fe es la enseñanza de la Iglesia; de aquella Iglesia llamada por San Pablo columna de la verdad; de aquella Iglesia por la cual dice Jesucristo: "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;" de aquella Iglesia contra la que, según las frases del Salvador, no prevalecerán las puertas del infierno.

—Y la Biblia, preguntó la Needle, ¿no la considerais vosotros palabra infalible de Dios?

—Ciertamente; más ella solo, y no nuestras interpretaciones. Observad la sábia y divina dispensación de las divinas Escrituras vigentes en la Iglesia católica. Posee

la Iglesia el sagrado volumen que fué consignado por los Apóstoles; ella, según la tradición, determina los libros que lo componen, velando sobre cada versión, y hasta sobre las impresiones; declárase soberana intérprete autorizada y definitiva de ellos, intimando á los audaces aquellas palabras de Cristo: "Al que no escuche á la Iglesia, ténlo por infiel y pecador." De donde resulta que puede cada fiel espaciarse con toda seguridad por los jardines de la palabra de Dios, cuyos límites reconocidos fueron establecidos por una infalible autoridad; no teme que nadie pueda quitarle ni una hoja del árbol de la vida. Con otras palabras: por la infalible definición de la Iglesia, sabe cuántos y cuáles son los libros inspirados, como también los capítulos y pasajes que debe considerar revelación del Espíritu Santo. Con esta certidumbre, el católico goza de una inmensa libertad, porque nadie le prohíbe inquirir humildemente los sentidos más ocultos de la sagrada revelación, á menos que pretenda descubrir otros dogmas con textos escriturarios, contra el sentido universal de la Iglesia. Así goza el católico los frutos de la divina palabra, sin exponerse, por tanto, á los peligros de comprenderla mal

ó disfrazarla. Oid como discurro . . . ó sea como discurren los católicos, pues nada he puesto inventado por mí.

—Escucho siempre, considerando el efecto que tu carta puede haber producido en el ánimo de John.

Julia siguió leyendo: "Pienso que el protestantismo es el adversario capital de la Biblia . . ."

—He aquí, dijo la Needle interrumpiéndola, he aquí un absurdo flagrante. Tenemos nosotros siempre la Biblia en la mano, adorándola casi. ¿Cómo podemos ser nunca sus enemigos?

Julia:—Escuchad á sangre fría. "El protestantismo, en su rebelión á la Iglesia, pretendió arrancar la Biblia de manos de la autoridad eclesiástica, fingiendo deponeerla sobre los altares, y decir á los pueblos que se saciasen con este maná, que los sacerdotes les habian arrebatado. Realmente hicieron en ella deshonestos estragos. Observad. Lutero empezó la predicación; incensaba la Biblia con una mano, y destruía con la otra la Epístola de Santiago, diciendo (son palabras suyas) que hedíale á estiércol; después, sucesivamente á medida que adelantaba en su devoción á la Biblia, rasgaba otras tres, á saber, la de

S. Judas y dos de San Juan, porque no las creía buenas; después rompía los libros de Tobías y de Judit, porque no le gustaban; después la profecía de Baruc, después el libro de Job y después el Eclesiástico, porque no le parecían bien; le disgustó el Apocalipsis más tarde; vaciló luego sobre los tres Evangelios primeros, pareciéndole seguro el de San Juan. Quedábanle las Epístolas de San Pablo, que tenía en gran aprecio, hasta que un día tuvo el capricho de someter á examen la Carta á los Hebreos, y no encontrándola según su antojo ¡afuera! Calvino, por el contrario, sacó del basurero la Epístola de Santiago, allí echada por el otro apóstata, y pasándola por su nariz inspirada, reconoció que olía á quinta esencia celeste, volviéndola, en efecto, á la Biblia; por el contrario, no dispuso su favor al Apocalipsis, rechazándolo de continuo como una mascarada insupportable entre los libros santos. Verdad es que los calvinistas y los luteranos, andando el tiempo, avergonzaronse de tales locuras, aceptando nuevamente algunos libros desechados por Lutero y Calvino; los Anglicanos, á despecho de aquel, admitieron la Epístola de Santiago; á despecho de éste, el Apocalipsis, y la Carta de

San Judas á despecho de los Reformados franceses: ¿qué prueba todo esto? Prueba que ¡ay de la Biblia si la entregan á la privada facultad de quien juzgarla quiera! ¡Y vos, respetable señor, quereis establecer vuestra Iglesia sobre la Biblia! ¡Ni siquiera podeis saber vosotros (sin la iglesia católica) qué libros la componen! ¿Qué fundamento es este del cual desconoceis sus piedras principales? Ciertamente considerais piedra fundamental el libro de los hechos de los Apóstoles; mas los "schwedenborgianos lo echan en un rincón, con el propio derecho con que Lutero y Calvino desecharon otros libros canónicos. Teneis por archi-fundamental el sacro Génesis, el Exodo, el libro de los Números, el Levítico y el Deuteronomio: mas he aquí que á vuestra obispo anglicano Colenso, se le ocurre refutarlos considerándoles fabulosos! ¡Ved los daños inmensos que causaron y causan los protestantes á la Biblia! ¡Ved hasta qué punto vacila el fundamento de vuestra Iglesia bíblica!"

—Dí lo que quieras, añadió entonces mistress Needle: siempre te contestaré que tengo, guardo y poseo la Biblia. ¿Viste ó no viste aquel libro que hay sobre la mesa constantemente?

—Sí, dijo Julia; teneis un libro que llamais la Biblia: más abridle, mi excelente señora, preguntando á los apóstoles de la Reforma, y á vuestros mayores sábios, si cada una de las páginas de aquel volumen es verdaderamente palabra de Dios. ¡Oíreis qué coros de dementes! Quién condena una página y quién blasfema de otra. Arranca Lutero varios libros, otros Calvino, otros los Anglicanos, otros Schwedemborg, otros Colenso.....y así otros reformadores: vos seguís con el tomo impreso, incierta sobre qué parte contiene la palabra de Dios y cuál es invención del hombre. ¿Es regla de fe, por consiguiente? ¿Qué regla de fe la que alárgase y acórtase á gusto, se endereza y se tuerce por la mano de cada cual? Fuera de que no ignorais que muchos protestantes rechazaron terminantemente toda la revelación bíblica. Mientras Lutero daba por la vez primera el escándalo de mutilar la Biblia, los "Schwenhfeldianos" negaban en seguida que fuese inspirada por Dios; los anabaptistas la suponían interpolada por el diablo, los *cuáqueros* anteponíanla, y antepónenla hoy aún, á su propia luz individual; los Mormones no admiten más biblia que la bajada del cielo para su como-

didad; los racionalistas hacen oír en casi todas sus cátedras protestantes de Prusia, Francia, Inglaterra y Suiza que la Escritura es simple mitología. ¿Qué os queda, pues, del libro hermoso que teneis en la mano con tal gusto? El libre examen lo ha partido en cien trozos y los ha echado después al viento, declarando que la Biblia no tiene más valor que las obras de Cicerón y Demóstenes.—

Se irritaba interiormente mistress Needle, como si se le quitára la biblia; y no sabiendo qué responder, dijo:—Admitiré que muchos entre nosotros desprecian la biblia: siempre será verdad que entre nosotros hay más que la respetan que entre los católicos. Sólo los protestantes hemos fundado las sociedades bíblicas para difundir la Sagrada Escritura por los pueblos; nosotros proveemos también de ellas á los católicos, á los cuales sus sacerdotes la quitan de la mano.

—Precisamente sobre esto, respondió Julia, añadí algo á sir Roberto al fin de la carta. Oidlo. "Con esto veis, respetable señor, que aun cuando todo el mundo creyera en la biblia, no por ello existiría en el mundo una Iglesia de creyentes. Necesítase absolutamente una autoridad única

y reconocida que gobierne á cada uno de los asociados. De aquí podeis inferir con evidencia cuán inútilmente se fatigan los expendedores de biblias. Antes de jactarse de ser apóstoles del Verbo de Dios, afirmen bien cuáles son y cuáles no los libros inspirados; de lo contrario, expónense al peligro de conservar la palabra de los hombres y no la de Dios, de distribuir el pan y el arsénico, conceptos divinos é invenciones diabólicas, porque fraude diabólico es dar como revelado por Dios lo que dictó el hombre. Hagan, pues, las paces las sociedades bíblicas de Inglaterra con las sociedades bíblicas de Alemania, de Francia y de Suiza; pónganse de acuerdo entre sí á fin de saber si son buenas las biblias mutiladas por los anglicanos, ó mejores las mutiladas por los ginebrinos. Cuando lo hayan hecho, podrán vanagloriarse de cuidar (á lo menos á su modo) de la biblia. Por lo demás, que renuncien á convertir al mundo con tal expediente: la biblia no ha fabricado jamás iglesia alguna, y nunca la fabricará sin la voz divina de aquellos á los cuales dijera Jesucristo: "Id, enseñad á todas las gentes." Además, al distribuir las biblias á los católicos infieren un ultraje notorio á la verdad y al

buen sentido. ¿Cómo? No se ponen de acuerdo entre sí sobre cuál es la biblia verdadera y cuál la falsa; ignoransi es revelación divina ó invención humana, ¿y luego pretenden hacerla leer á los católicos? ¿á los católicos, que hace diez y nueve siglos poseen la verdadera biblia intacta, sin haberse arancado nunca un capítulo ni un versículo? ¿Cómo se atreven á propinarnos sus biblias mutiladas, corrompidas, hechas pedazos caprichosamente? ¿A nosotros, que la leemos entera, darnos sus biblias monstruosamente traducidas ayer! ¿A nosotros, que tenemos nuestra Vulgata latina, la cual remóntase á los primeros siglos, así como tantas traducciones en la lengua propia, exquisitamente dirigidas y aprobadas por la Iglesia!"

—Oye, dijo entonces la Needle interrumpiéndola con un poco de cólera. Escribes á Smith cosas lindas y poéticas, mas aquí tu celo te pone la venda. ¿Puedes negar que á los fieles católicos está vedada la lectura de la biblia?

—Lo niego absolutamente. Adquirid mil biblias sanas en idioma vulgar, encárgome yo de distribuir las todas á los católicos...; tened la certidumbre de que ningún sacerdote llevarálo á mal, puesto que al frente

de la biblia italiana, está la aprobación del Pontífice y una viva exhortación para que la conviertan todos en su pasto espiritual.

—Me dices una paradoja.

—La paradoja es de los que aseguran dicha falsedad, haciendo hincapié, no en el odio vuestro (conozco vuestro corazón, constándome que es un corazón de paloma sin hiel), pero sí en el de muchos protestantes que aceptan incontinenti las más odiables calumnias que les dicen contra la Iglesia católica. Sabed, pues, que la Iglesia aprueba, ensalza y excita la lectura de los libros sagrados; sólo que no lo hacen con afectación, ni cree la lectura precisa para la salvación de cada uno de los fieles. No la cree precisa: primero, por ser imposible que los lean muchísimos que no saben leer, y Dios no manda lo imposible; segundamente, porque en ningún pasaje de la biblia manda Dios la lectura de ella; además, porque muchos leyéndola no comprenderían una palabra: realmente, poned la biblia en manos de Domingo, el pajare-ro de John, ¿qué sacará? lo mismo que sacan vuestros mineros de Parque Verde: nada y menos que nada; por último, porque todo lo que hay en la biblia indispensable para la salvación, lo ha recogido la

Iglesia en el Catecismo que hace aprender á sus hijos, sin necesidad de biblia: añadir pudiera la quinta, la sexta, la séptima y muchas otras razones. . . . —

Mistress Needle no chistaba: oía y callaba. Julia dijo:—Ahora bien; oid la conclusión de la carta, y vereis que, resumiéndolo todo, puede haber hecho algún bien al señor Smith y no puede haber hecho mal á vuestro hijo: “Yo, pues, concluyo esta epístola desaliñada (la escribo á ratos), esforzándome por compendiarla de algún modo. En primer lugar, quien imagina ser cristiano solo por creer en la Biblia, vive por completo en un error. En segundo lugar, es clarísimo que la creencia en la Biblia, no es bastante ni para tener un código de religión, no siendo una compilación de dogmas y preceptos, sino un libro de historias, profecías y oraciones. En tercer lugar, aunque la Biblia fuese un código, se necesitaría siempre un tribunal ó un magistrado infalible para aplicarle, como también la sumisión de los fieles al magistrado, so pena de no haber una agregación de iglesias, sino una infinidad de opiniones. En cuarto lugar, la Biblia no puede siquiera establecer una religión de mentes y corazones unidos en una so-

ciudad, porque, abandonándose al libre examen de cada uno, cada uno leerá en ella sus propios caprichos, como pasa en las innumerables sectas protestantes, y como no pasa ni puede pasar en la Iglesia católica. En quinto lugar, la Biblia no es suficiente para reunir los ánimos en un vínculo social, porque se rasga el propio volumen en las manos del libre examen; quién destruye una página y quién quita un libro, habiendo llegado á tal punto, que entre los protestantes es muy común la opinión de que toda ella es un libro puramente de los hombres, nada inspirado por Dios. Son ridículos los esfuerzos de los que procuran dilatar la Iglesia, multiplicando las biblias ó imbuyendo á cada uno de los lectores que la entiendan según su sentido privado. En una palabra: el protestantismo, que introduciendo en la biblia el libre examen pretendió haber descubierto la Biblia como Colón descubrió la América, ha construido ciertamente un caos de opiniones contradictorias en materia de Religión, destruyendo, en cuanto á sí, aun la posibilidad de que haya en su seno una iglesia única. Respetable señor Smith, permitidme que os hable según corresponde á vuestra edad, como una hija á su padre.

Teneis ya muchos años; el tribunal del Señor os aguarda de lejos ó de cerca. Si mis palabras os producen cualquiera duda en punto á vuestro parecer sobre la iglesia bíblica (parecer que ya tuvo Zwinglio una vez, siendo ahora renovado por la secta evangélica nacida recientemente en Florencia, en discordancia con los valdenses, con los anglicanos, con los luteranos y con todos los demas); si os producen, repito cualquiera duda, estudiad y resolved al fin como corresponde á un hombre que teme á Dios y no juega con su propia salvación. Os reverencio con leal y profundo cariño. A mi retorno, ó mas bien á mi paso por Florencia, confío en poderos ver algunos instantes, hallándoos sano del cuerpo al par que victorioso del último y acaso sólo error que os aparta de la iglesia católica.....”

—Luego, exclamó entonces mistress Needle, ¿tú lo crees casi católico?

—No más lo retiene, en mi sentir, fuera del catolicismo, dicha ocurrencia suya “zuingliana.”

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—Nunca me dijo palabra de esto. respondió Julia; mas en su modo de discurrir en sus cartas

—¿Te ha escrito con frecuencia?

—Cinco cartas ó seis.

—¿Qué te decía en ellas? preguntó la Needle.

—Nada de su conversión; mas yo conocía en el sonido de sus palabras un alma verdaderamente agitada; un alma inquieta y ansiosa de la verdad; un alma que no tenía repugnancia á lo verdadero. Conoce la Religión católica lo mismo que yo, y si se determinase á ser papista, como decís vos, no tendría precisión de que lo catequizaran ni cinco minutos.

—¿Qué le has contestado?

—¿Yo? Todo lo que sabía, sirviéndome de mis recuerdos de antiguos estudios y de lo encontrado en los libros de los controversistas.

—¿Y confías verle católico? preguntó mas ansiosa la Needle.

—¿Así lo esperase de vos como de él lo esperol repuso Julia.

—¿Ah miserable! exclamó la Needle abrazando estrechamente á su amada amiga: eres una víbora, y sin embargo no puedo dejar de amarte, como si fueses una paloma. Obras el mal con tanto convencimiento de que obras el bien, que me espantas ¡Comienzo á temer por mí!

Quisiera poder aborrecerte, rechazarte, huirte mas si te miro y me hablas, me fuerzas á perdonártelo todo eres la mujer más peligrosa del mundo ¡Qué mala eres! Te amo como si fueses hija mia Pero, dime, ¿no sientes en tu corazón nacer algún ódio á mí, por encontrarme tan enemiga de tus opiniones religiosas?

—No, madre mía, respondió Julia: no hay en mi corazón una fibra que os quiera mal por esto, y arrancaríala si existiese. No sois enemiga de mis opiniones, y estais únicamente alucinada: el día en que caiga el velo que os tiene cegada, comulgareis cerca de mí, en la Iglesia católica; será el día más hermoso de mi vida.

— ¡Cruel! ¿Esperas esto?

—Sí, en la misericordia de Jesucristo: Dios es piadoso con los que yerran de buena fe.

—Espero lo contrario, mas temo por John: ¿me lo has seducido?

—Jamás le dije palabra de religión, sino para contestar á sus preguntas.

—¿Lo consideras cercano á declararse católico?

—Vuestro John es impenetrable :

alguna buena idea he descubierto en él; mas de positivo nada sé.

—Voy ahora, concluyó diciendo la Needle, á pasar en revista todas sus cartas. Demasiado temo que sir Roberto me lo haya hechizado. Encontraré quizá en aquellos escritos la estocada mortal. . . . De todas maneras, tu harías mejor no escribiendo á Smith: no hubiera caído la carta de rechazo en poder de John.

—Señora, respondió lo joven á mistress Needle que se retiraba; no temais á la verdad nunca: es benéfica siempre y saludable.

XLIX

UN PROCESO SECRETO EN FAMILIA.

Aun no habíase alejado diez pasos de Julia, cuando mistress Needle se arrepentía de haber enterado á la joven del proceso que intentaba formar secretamente á la conciencia de John.—¿Siempre así, decía: grito, grito, grito, y luego voy á echarme en brazo de Julia, que hace de mí lo que quiere. . . . ! ¿Qué necesidad tenía de leer con ella la carta? Solo ha servido para persuadime de que puede haber impresionado de terrible modo el corazón de mi hijo. . . . ¿Cómo no, si medio ha